

# ¿Influyen las rebeliones árabes en los negros de Cuba?

José Hugo Fernández  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba

El 26 de enero de 2011 más de cuatro mil personas, residentes pobres (negros en amplia mayoría) del barrio *El Condado* de Santa Clara, al centro de Cuba, se sumaron espontáneamente a las protestas que había iniciado un pequeño grupo de opositores pacíficos al gobierno, entre ellos el psicólogo negro Guillermo Fariñas, Premio Sajarov 2010 de Derechos Humanos. Los disidentes acudieron a *El Condado* con el propósito de impedir que las fuerzas policiales desalojaran a una mujer sin hogar, embarazada y con dos niños, que había buscado refugio en un consultorio médico deshabitado y en total abandono desde hacía 9 años.

Fariñas me contó que no convocaron a la población para que los apoyara. Su plan inicial era disuadir a los encargados del desalojo, tratando de hacerles comprender la falta de sensibilidad y el abuso en que incurrían. Sin embargo, la funcionaria al frente de la operación se sintió ofendida y, completamente fuera de quicio, respondió gritándoles «mercenarios» y otras ridículas acusaciones de uso corriente por los representantes del gobierno. Parece que su intención —ingenua y soberbia donde las haya— era manipular a los vecinos

del barrio, que ya les rodeaban, para que se vieran en manifestación contra los opositores, olvidando la razón primera por la que acudieron al lugar. Pero fue esa justamente la circunstancia que convirtió la actitud solidaria de los vecinos (desenvuelta y sin compromisos previos) en acto político.

Varios miles de personas, en apenas minutos, se incorporaron a la protesta dentro de un barrio con más de 19 mil habitantes (3098 residentes por kilómetro cuadrado) y en el que casi 90 por ciento son negros y mestizos. Los autos patrulleros de la policía no podían llegar hasta el sitio en que estaban los opositores para detenerlos: la muchedumbre lo impedía. Si aquel conato no tuvo mayores consecuencias fue sólo por la conducta responsable del grupo opositor que, a tono con su vocación pacifista, evitó que se convirtiese en evento de desobediencia pública con brotes de violencia en proporciones realmente imprevisibles, pero sí con muy previsibles perjuicios para los pobladores de *El Condado*.

No gratuitamente —testimonió Fariñas— el capitán de la Seguridad del Estado Raúl Azari, uno de los oficiales que dirigieron las acciones represivas contra el grupo de oposito-

sitores, les advirtió con todas sus letras que no estarían dispuestos a permitir que nuestra Isla se sume al efecto dominó ocasionado por la espiral de rebeliones populares del mundo árabe.

Es sólo una anécdota, que repasa a grandes rasgos un incidente tal vez visto como cotidiano y común en muchos países, pero que todavía hoy constituye rareza en Cuba, no porque escaseen las injusticias sociales y los abusos de la policía, sino porque, a lo largo de medio siglo, ha imperado aquí un estricto sistema de represión pública, que ante todo se basa en asentar el miedo como contención frente a cualquier asomo de protesta o desacuerdo. Aunque el sistema represivo continúa siendo esencialmente el mismo, es notable y —ahora sí— comienza a ser común que ya no surta iguales efectos, muy especialmente entre los estratos más pobres de la sociedad cubana, que equivale a decir entre la generalidad de negros y mestizos.

Las razones han sido suficientemente divulgadas en los últimos tiempos. Lo que en principio prometía ser una revolución para el beneficio de las clases marginadas, fue derivando durante cinco décadas hacia un sistema dictatorial con élite inamovible en el poder, privilegiada, fundamentalmente blanca, prepotente y demagoga, que en la práctica demuestra ser tan ineficaz en sus gestiones administrativas como inconsecuente con sus promesas históricas.

Particular holladura, con signos de escándalo en más de una vertiente, ha ido dejando el gobierno revolucionario en sus traspiés sobre el delicado terreno de la discriminación racial que afecta a los negros. Es un tema en cuyos pormenores también se está insistiendo hoy en algunos medios de información, si bien mucho más, con mayor profundidad y más desaprensivamente fuera de Cuba, o por lo menos

al margen de sus instancias oficiales. De modo que quizá baste con recordar las palabras del propio Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, General de Ejército Raúl Castro, al referirse a la discriminación racial y de género en la clausura (diciembre 20 de 2009) de la sesión anual de la Asamblea Nacional del Poder Popular: «Es una vergüenza el insuficiente avance en esta materia en 50 años de revolución». Lo confuso, por calificarlo de algún modo, es que casi a renglón seguido Raúl Castro agregara que éstas «son cuestiones que no se logran por un simple decreto ni resultaría lo apropiado, nos tomará todavía algún tiempo, pero básicamente lo que se requiere es tomar conciencia del asunto, exigir y actuar en consecuencia». Ante tales palabras uno no puede menos que preguntarse: si después de cincuenta años, haciendo uso de un poder absoluto sobre todas las instituciones y rigiendo el comportamiento de todas las esferas, legales, económicas, socioculturales, todavía necesitan tiempo para tomar conciencia del asunto, exigir y actuar en consecuencia. Entonces, ¿qué estuvieron haciendo hasta ahora? Además, el tiempo no es elástico como un chicle: ¿cuánto más tardarían para tomar conciencia de la magnitud del drama social y económico de los negros, sin duda la más severa consecuencia de la crisis que vive Cuba, fenómeno que hoy se encuentra tan a la vista como siempre estuvo y que daña en dosis proporcionales a la mayoría de la población, la estabilidad del país y el prestigio de sus gobernantes?

Por calamidades como estas es que muchas personas especulan acerca del posible protagonismo de los negros y mestizos en un hipotético estallido popular contra el poder en Cuba, a tenor con los aires de rebelión que batan en el mundo, muy particularmente entre los árabes y africanos. Por supuesto que no es previsible, ni siquiera deseable, que los negros

cubanos determinen rebelarse a corto plazo contra el gobierno. Nadie podría asegurar, aunque también resulta peregrino descartarlo por completo, que de ocurrir tal rebelión no se genere una funesta ola de violencia, muerte y caos. Lo que sí parece quedar fuera de dudas es que —aunque no sean los únicos— a nadie en la Isla le asisten más motivos que a los negros a la hora de argumentar causas para una rebelión. Unido a sus antecedentes históricos y a su larga tradición de lucha, esto hace pensar que, si por desgracia, se produjese el hipotético estallido, ellos conformarían determinante multitud entre los rebeldes.

Claro que no todo lo que es razonable tiene que ser aconsejable. Y este es el caso, pero mucho menos aconsejable sería perder de vista cuán pesadamente razonable resulta, al punto de que quienes no aprobamos la rebelión violenta como alternativa no nos atrevemos a desechar enteramente la posibilidad de que ocurra por el ya indiscutible grado de maduración de las condicionantes y por el ánimo de sus probables protagonistas, es decir: por esas dos causas bien puntuales más que por el efecto dominó que podría llegarnos y que de hecho llega desde el exterior.

### *Un antes y un después*

Quizá no sea desacertado señalar el año 2003 como fecha en que se registra un notorio punto de giro en la actitud de la población negra de Cuba hacia el gobierno revolucionario. Desde mucho antes existían las causas generales que provocaron el cambio. Jamás dejaron de existir. Incluso venían mostrando ya signos de muy aguda crisis desde varios años antes, pero como ha ocurrido en otros procesos históricos tan particularmente complejos como el nuestro, fue un hecho concreto el que, actuando como detonante, puso de manifiesto

y propagó a través de una especie de contagio por reflejo el mencionado giro en la actitud.

En abril de 2003, el pueblo cubano quedó consternado al enterarse de la muerte por fusilamiento de tres jóvenes negros, quienes en una semana fueron juzgados y ejecutados de forma sumaria y sin garantías por haber intentado secuestrar una embarcación para marcharse de la Isla con rumbo norte. Ese fue el detonante. Alguna vez, cuando sea escrita debidamente nuestra historia contemporánea, sin duda se le dedicará un capítulo aparte a este suceso de connotaciones tan dramáticas como reveladoras. Entonces habrá llegado la ocasión de establecer en qué medida marcó un antes y un después en la percepción de las últimas generaciones de cubanos negros, educados por lo general al margen de su destino histórico, en una especie de limbo, utópico por fuera y retrógrado por dentro.

Antes habían sido objeto (inocentes, por confiados) de la manipulación de una idea de José Martí, que el gobierno, en el mejor de los casos, aplicó y aplica en forma reduccionista y mediocre, y en el peor de los casos insanaamente, como fácil táctica para el control y el dominio: «Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro»<sup>1</sup>. Sin embargo, después de aquella tragedia de 2003, algo, si no misterioso ni sorprendente, sí muy sintomático, empezó a notarse en el contenido y aun en la forma de los criterios que exteriorizan los negros cubanos. Paulatina pero crecientemente se han venido produciendo cambios en su manera de asumir la negritud, sin que ello incida, a no ser para bien, en su concepto de nacionalidad.

Entre los estudios que al fin han comenzado a realizarse en la Isla, con nuevos enfoques y menos prejuicios sobre el racismo que afecta a los negros, llama la atención uno que precisamente aborda esta cuestión de la toma de

conciencia ante la identidad racial. Me refiero a «Identidad racial de gente sin historia», trabajo de muy particular sustancia publicado como parte del libro *Antología de Caminos, raza y racismo* (2009). Se trata del resultado de una investigación psicológica que sirvió de tesis de graduación a las jóvenes especialistas Yesenia Selier y Penélope Hernández. Sobre la base de las encuestas realizadas entre jóvenes negros habaneros (significativas en más de un sentido), las autoras afirman: «El 68 % de los entrevistados ubica la identidad racial en un plano de importancia igual o superior a la nacional, lo que habla de la jerarquía psicológica de la primera, al menos en esta población de negros de Ciudad de La Habana».<sup>2</sup>

Asimismo aseverar que «alrededor del 94 % de los sujetos percibe la existencia de la discriminación racial en Cuba, lo que indiscutiblemente va asociado a la consideración de desigualdad de oportunidades y posibilidades, y a la existencia de una igualdad formal enunciada por el 60 % de los entrevistados. Más de la mitad de ellos colocó las causas de esta situación fuera del grupo, legitimadas por un “otro” (figura próxima en las relaciones interpersonales, o más distante, que ejecuta el poder en estratos elevados de la sociedad)».<sup>3</sup>

Hoy este fenómeno de la toma de conciencia de los negros cubanos acerca de su identidad racial resulta ya tan palpable que hasta el propio gobierno se ha visto obligado a concederles un aparte en sus discursos y en algunos de sus planes estratégicos, aun cuando no renuncie a las antiguas medianías dogmáticas. Entretanto son cada vez más los representantes de la intelectualidad afin al poder que se pronuncian por darle la atención y el tratamiento especializados que siempre debieron tener. Sea a partir de una plena convicción humanista (como en efecto lo es en más de un caso) o mediante el convencimiento de que se

impone un cambio de actitud ante la problemática racial que afecta a los negros, como imperativo de sobrevivencia política para el sistema, lo cierto es que aquel punto de giro visible a partir del año 2003 —aunque estuviese germinando desde mucho antes— promete ser uno de los principales agentes de las transformaciones que, por fuerza, tendrán que avecinarse para Cuba en un futuro próximo.

La competencia y la disposición que demuestre el gobierno para enfrentar a corto plazo esta nueva realidad serán, sobre todo, las que determinen la forma que escogerán los cubanos en general, pero muy particularmente los negros (que son mayoría, la mayoría más afectada), para exigir sus derechos. Desafortunadamente no podría asegurarse que son halagüeñas en tal sentido las expectativas que se derivan del VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (16-19 de abril de 2011). De hecho el opositor pacífico Guillermo Fariñas ha resumido este cónclave con palabras que ojalá estén permeadas por la pasión y aun por la exageración: «pérdida de la oportunidad de evitar una explosión social, una guerra civil y una posible intervención extranjera en Cuba»<sup>4</sup>.

#### Notas:

- 1- Martí, José: «Mi Raza», *Obras completas*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1975, Tomo II: 299.
- 2- Selier Yesenia y Penélope Hernández: «Identidad racial de gente sin historia», en *Antología de Caminos, raza y racismo*, La Habana: Editorial Caminos, 2009, 136.
- 3- *Ibidem*, 137.
- 4- «El Congreso ha dado falsas señales de cambio», *Diario de Cuba* ([www.ddcuba.com](http://www.ddcuba.com)), 19 de abril de 2011.